

Nuestro propio Viernes Santo



Cuando los romanos idearon la crucifixión como su instrumento de pena capital, tenían en mente más que sólo dar muerte a alguien. Querían conseguir también algo más, a saber, convertir esta muerte en un espectáculo que sirviera de última disuasión, de modo que cualquiera que lo viera pensara dos veces si valía la pena cometer el delito por el que la persona estaba siendo crucificada.

Así que la crucifixión fue ideada para hacer un par de cosas más, no sólo para dar muerte a alguien. Se ideó para infligir el mayor grado de dolor que un cuerpo humano podía soportar. De ahí que a veces daban morfina a la persona a la que estaban ejecutando, no para reducir su dolor sino para mantenerla consciente con el fin de que sintiera más dolor. Quizás lo más cruel de todo, la crucifixión fue ideada para humillar totalmente el cuerpo de la persona que estaba siendo ejecutada. Así pues, la persona era desnudada, sus partes privadas desprotegidas y, cuando su cuerpo entraba en espasmos, como con toda seguridad al fin sucedería, sus intestinos se descargarían, todo a la vista del público. ¿Hay una humillación mayor que esta?

Bueno, hay -creo yo- sufrimientos humanos que se aproximan o se igualan a eso; y, tristemente, son muy comunes. Hay casos diarios de violencia en nuestro mundo (violencia doméstica, violencia sexual, tortura, acoso despiadado y similares) que reflejan la humillación de la cruz. También, se ve a veces esta clase de humillación del cuerpo en la muerte por cáncer y otras enfermedades semejantes

que debilitan. La persona aquí no solo muere; muere de dolor -su cuerpo humillado, su dignidad comprometida, esa inmodestia expuesta- como fue para Jesús cuando estaba muriendo en la cruz.

Sospecho que por esto Dios permitió (aunque no intentó) que Jesús sufriera el dolor y la humillación que sufrió en su muerte. Mirando a cómo murió Jesús, es injusto para cualquiera decir: “Fácil para él, no tuvo que sufrir de la manera que yo sufrí”. La humillación de la cruz pone a Jesús en verdadera solidaridad con todos los que han conocido alguna vez el dolor y la vergüenza de la humillación.

Pero el fruto de la solidaridad de Jesús con nosotros no es tener sólo el consuelo de saber que Jesús sintió nuestros sufrimientos de primera mano, es también que logramos tener parte en lo que sigue después de la crucifixión, a saber, como dice la escritura, una participación en su consuelo. Curiosas palabras, verdaderamente. ¿Qué consuelo hay en ser humillado? ¿Qué se gana por esta vergonzosa clase de dolor? En una palabra, lo que se gana es profundidad de alma.

Nada, absolutamente nada, nos empuja a la profundidad de corazón y alma como lo hace la humillación. Hazte sólo esta pregunta: ¿Qué es lo que me ha dado carácter? ¿Qué es lo que me ha dado profundidad como persona? ¿Qué es lo que me ha dado comprensión más profunda? La respuesta en cada caso -sospecho yo- será algo de lo que estarías avergonzado de hablar, alguna punzante humillación cuyo dolor y vergüenza te empujó a un lugar más profundo.

El Evangelio -creo yo- enseña eso. Por ejemplo, cuando los apóstoles Santiago y Juan se acercaron a Jesús y le preguntaron si podía disponer que, cuando entrara en su gloria, les concediera los puestos a su derecha y a su izquierda, Jesús, antes de todo, no aprovechó la ocasión de darles una lección sobre la humildad. En vez de eso, les advirtió sobre su falta de comprensión de lo que constituye la gloria y lo que constituye el camino a la gloria. Ellos, por supuesto, habían confundido la noción de gloria con todo lo que es antitético a humillación, vulnerabilidad y solidaridad. La gloria, para ellos y sospecho que también para nosotros, fue entendida, por lo contrario, como estar colocado aparte de la multitud, por encima de ella: el jugador más valioso, el ganador del Premio Nobel, la estrella de cine con el cuerpo que todos envidian, el que es atractivo y resulta invulnerable a la humillación, el que está por encima del resto. Y así Jesús pregunta a Santiago y Juan si son capaces de beber el cáliz, y ese cáliz, como vemos de la propia lucha de Jesús en el Huerto de Getsemaní, es el cáliz de la humillación.

Beber el cáliz de la humillación, aceptar la cruz es, según Jesús y según lo que es más honrado de nuestra propia experiencia, lo que puede traernos la genuina gloria, a saber, profundidad de corazón, profundidad de alma y profundidad de comprensión y compasión. Sin embargo, como Jesús advierte, beber el cáliz de la humillación, mientras automáticamente nos asegura la profundidad, no nos asegura automáticamente la gloria (“esa gloria no me toca a mí concederla”). La humillación nos hará más profundos, pero podría no hacernos profundos de manera correcta. Puede tener también el efecto contrario.

Esta es la cuestión, pues: Como Jesús, todos nosotros sufriremos humillación en la vida, todos nosotros beberemos el cáliz, y eso nos hará profundos; pero entonces tendremos una elección crítica: *Esta humillación ¿nos hará profundos en compasión y comprensión, o bien nos hará profundos en ira y amargura?* Esta es de hecho la mayor elección moral que afrontamos en la vida, no sólo en la hora de la muerte sino en incontables momentos de nuestra vida. El Viernes Santo y lo que pide de nosotros nos carea diariamente.

Ron Rolheiser (Trad. Benjamín Elcano)

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org/articulo/nuestro-propio-viernes-santo